

¡Identifíquese!

FERNANDO SAVATER

Solo los racismos, los integristas religiosos y los totalitarismos pretenden hacer depender la ciudadanía de una identidad única y excluyente, obligando a quienes no la comparten a vivir como extranjeros en su propio país

El otro día, en la tertulia matutina de la SER, se comentaba elogiosamente la entrevista entre Antonio Basagoiti y Pello Urizar, celebrando lo mucho que había cambiado el PP «desde los tiempos de Mayor Oreja y María San Gil». Vamos, como si la situación política en el País Vasco fuese hoy igual que la de entonces y como si en su transformación no hubieran sido decisivas, entre otras cosas, la firmeza de personas como Mayor Oreja o María San Gil. Otro botón de muestra de la lectura sesgada, voluntarista y amnésica que suelen hacer de los 'nuevos tiempos' incluso los medios de comunicación más respetables...

Los resúmenes de prensa de la citada entrevista decían que Basagoiti había reconocido que, aunque ETA no tiene legitimación política alguna, existe en Euskadi «un conflicto político entre identidades». Como es natural, no sé hasta que punto esta información es exacta y en qué contexto debe ser entendida como expresión de las ideas del líder del PP vasco. Que entre nosotros hay conflictos políticos, no uno sino varios como en cualquier otra parte, es cosa que aceptan Basagoiti, Urizar, ustedes que me leen y yo que les escribo. Si no fuera así, aparte de que constituiríamos una rara excepción planetaria que nos asemejaría más a un panal de abejas que a una comunidad humana, vendrían ya sobrando todas las instituciones democráticas de nuestra sociedad, tanto generales como locales. Nos levantaríamos cada mañana pensando todos lo mismo y los medios de comunicación ya no sabrían a cuantos accidentes navales y crímenes pasionales recurrir para hacer entretenidos sus informativos...

Lo curioso es que el conflicto político que aquí se destaca por antonomasia sea «entre identidades». Porque precisamente reducir la necesaria dialéctica entre proyectos políticos en enfrentamiento entre identidades es lo que caracteriza al nacionalismo que hemos conocido. Como si la cuestión importante fuese lo que cada cual es en su esencia y no lo que proponen unos y otros para resolver los problemas y encauzar la vida en común. Todavía en su reciente discurso al asumir de nuevo el liderazgo del PNV, Iñigo Urkullu proponía desbancar de Ajuria Enea a sus actuales ocupantes a fin de alcanzar «un Gobierno vasco de verdad, un Gobierno del PNV», lo que sonaba a reprochar a los socialistas falta de identidad 'vasca'. Después Urkullu aclaró que se refería a mejorar su gestión, aunque no pone en duda su condición de vascos, lo que a algunos nos ha parecido una excelente noticia. Pero no puede extrañar-se el jetzale del equívoco: son cosas que oímos to-

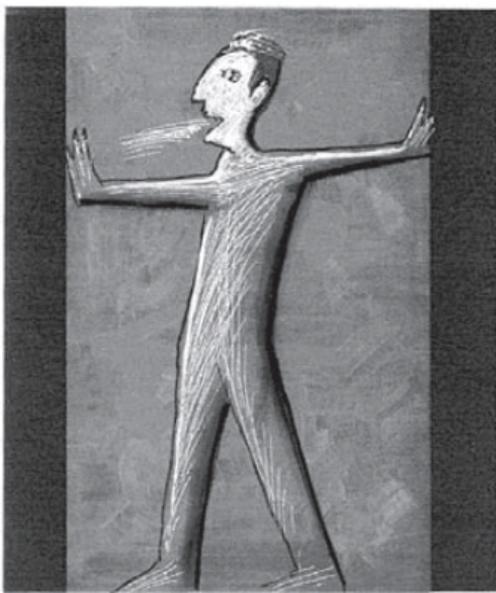
dos los días y que ya han arraigado incluso en la forma de expresarse de los no nacionalistas. Como cuando se habla de 'parlamentarios vascos' o 'senadores vascos' para señalar a los nacionalistas, como si no hubiera vascos tan dignos de ese gentilicio como ellos en otros grupos políticos.

Es cosa sabida que todos podemos considerarnos revestidos de múltiples identidades, unas duraderas y otras fugaces, unas que nos avergüenzan y otras que nos enorgullecen, unas relevantes y otras triviales, en su mayor parte convencionales y casi siempre superpuestas. Nuestras identidades expresan nuestras obligaciones, nuestras apetencias, nuestras relaciones y nuestras actividades, tanto ocasionales como permanentes. Ya en 1908 observaba G. K. Chesterton: «Casi cada uno de nosotros es a la vez un contribuyente, un alma inmortal, un inglés, un bautizado, un marífero, un poeta menor, un juez, un hombre casado, un ciclista, un cristiano, un comprador de periódicos y un crítico de Mr. Alfred Austin. Deberíamos tener un uniforme para cada cosa». La idea del uniforme no está nada mal (a continuación Chesterton propone algunos muy divertidos

y hasta el más austero de nosotros tiene varios en casa para distintas ocasiones ceremoniales, deportivas o simplemente climatológicas), pero lo malo es cuando alguien se empeña en uniformizarnos de un único modo, convirtiendo una de nuestras identidades posibles en obsesivamente obligatoria y predominante sobre todas las demás. Y sobre todo cuando se reserva el derecho de autorizarlos a usar ese uniforme o prohibirnoslo.

En los Estados democráticos actuales (y en cada ciudadano) conviven diversidad de identi-

tidades, o sea formas de ser o de creer que somos. Solo los racismos, los integristas religiosos y los totalitarismos pretenden hacer depender la ciudadanía de una identidad única y excluyente, obligando a quienes no la comparten a vivir como extranjeros en su propio país o herejes aborrecidos. Los necesarios conflictos de la política en democracia nunca son colisiones entre identidades (formas de ser) sino entre propuestas de organización de la convivencia (o sea, formas de estar juntos). O incluso formas de separarse civilizadamente, porque el independentismo no es un rasgo identitario de los auténticos vascos sino un proyecto de los nacionalistas. Que por cierto en el caso de Escocia y Gran Bretaña el premier Cameron ha enfocado de un modo interesante, al proponer un referéndum vinculante inmediato e inequívoco, tras dejar claras las cuentas del coste económico de semejante aventura. Puede ser un camino entre otros para regresar de la inextricable cháchara identitaria a una cierta racionalidad política.



:: JOSÉ IBARROLA